

EL SISTEMA CLERICAL

W. Carl Ketcherside

Ningún sistema u orden humano que haya aparecido sobre la tierra, ha tenido tanta influencia o adquirido tan completa ascendencia sobre la mente humana como el clero. El clero Cristiano ha ejercitado, por casi mil quinientos años, un dominio soberano sobre la Biblia, las conciencias, y los sentimientos religiosos de todas las naciones que profesan ser Cristianas. - Alexander Campbell

En este artículo voy a discutir lo que yo creo es uno de los errores más graves en el cual el mundo religioso ha caído. Se ha convertido en algo que tanto se ha expandido, que será virtualmente imposible de vencerlo alguna vez. Tan delicada es su usurpación, que aun esos que la niegan de ser culpable de eso, son de todas maneras víctimas de su influencia maligna.

Los historiadores en vano buscan saber cuando nació esto, y los analistas están igual de confundidos sobre la motivación que se impuso sobre un mundo tan crédulo. Todos están de acuerdo que nunca fue parte de la revelación ni el propósito de Dios, y con todo, de repente apareció en escena ejerciendo una malévolamente influencia y reclamando sanciones divinas por su existencia, introduciéndose ella misma como un impostor en el vocabulario de aquellos que orgullosamente reclamaban hablar donde la Biblia habla, y permanecer en silencio donde la Biblia permanece en silencio.

Me refiero a la aparición del sistema clerical con su injustificable y antibíblica distinción entre el "clero" y los "laicos". Nunca antes hubo tan seria imposición sobre el reino de los cielos, y nunca ninguna más ampliamente aceptada. ¿Cómo se originó "el clero" para primeramente usurpar los derechos y privilegios de todos los santos, y después reclamar sus prerrogativas como un derecho divino? Algunos dicen que empezó en lo que después resultó en un "padre universal", un papa, debido a la necesidad de una voz fuerte para asentar la posición de ortodoxia en un tiempo de cismas¹ y herejías.

Otros lo vinculan a la arrogante ambición del hombre de aspirar estar entre sus hermanos y Dios, y ejercer un oficio mediador debido a un imaginario conocimiento superior de la vida. Con todo, otros piensan que la semilla fue plantada en tierra fértil por una alianza política con la iglesia, haciendo esto posible para el gobernante secular de controlar los destinos del pueblo por medio de elevar al hombre a una jerarquía de prominencia en la estructura espiritual.

Cualquiera sea su origen, se volvió tan poderoso que, casi sin excepción, se convirtió en "la forma de vida" para las organizaciones religiosas, y en el caso de una, la de Roma, se convirtió en "la iglesia" misma, excluyendo a otros comunicantes quienes tuvieron que soportar la carga de sus impuestos y tuvieron que asumir la defensa de su mantenimiento. Tanto se ha convertido esto en parte del proceso de pensamiento de nuestra generación, que aun aquellos que buscan salirse de eso, caen en la trampa de usar sus vocabularios, e imitan su especializada jerga.²

Un buen ejemplo se encuentra en el libro La Vida del Cuerpo de C. Stedman. El tema del pequeño volumen es "buscar en las Escrituras la naturaleza y función del verdadero Cristianismo y así recuperar la dinámica del comienzo del Cristianismo". El subtítulo del libro es, "La iglesia se vuelve vida". Con todo, en la Introducción, Billy Graham escribe: "La Iglesia Bíblica de la Península empezó solo con cinco hombres laicos". Y Stedman habla de reunir "pastores y laicos preocupados". Dice muchas cosas buenas de las cuales todos nos podemos beneficiar, pero cuando habla del "ministerio del laicado" como algo separado y aparte, él emplea "la lengua de Asdod³ (Neh. 13:24)." Había pastores en la comunidad primitiva de santos, pero también eran parte del laos (laicado), el pueblo de Dios.

Tal vez, como veremos más adelante, no hay nada seriamente malo con las meras palabras clero y laicos. Es la creación de una distinción entre ellos lo que está tan lleno de peligro. El hecho es que todo el clero de Dios son laicos, y todos los laicos de Dios son clérigos. Cada hijo de Dios es un

¹ Divisiones.

² Términos especiales, lenguaje, etc.

³ El lenguaje de los Filisteos.

sacerdote. Cada hijo de Dios es un ministro. Cada discípulo de Cristo ha entrado en el ministerio. La palabra de Dios no dice nada de un discípulo que no sea un ministro. Si nosotros solo prestamos una atención de boca para afuera a este concepto mientras practicamos algo que es totalmente lo opuesto, somos hipócritas y actuamos como farsantes.

Ciertamente aquellos que justifican su existencia separada del resto de la esfera religiosa, fundamentados en que ellos representan un movimiento para restaurar el orden primitivo, deben restaurar primero que nada todo el concepto divino revelado del ministerio de los santos, enseñando que fue el renunciamiento gradual de esto lo que resultó en la multiplicación de grupos nacidos desde la antiquísima "madre de sectas" situada sobre los bancos del mugroso Tíber, hasta el último pequeño grupo que sigue al que se proclama a sí mismo de ser miembro del "reverendo clero".

Sí, mis hermanos, a pesar de sus angustiosas protestas por lo contrario, se traicionan a sí mismos tanto en palabras como en escritos. Frecuentemente me siento en las reuniones de los hermanos, donde un orador hablará de cómo el involucró a "su laicado" en cierto proyecto. Un prelado Católico Romano no pudo haberlo dicho mejor. El tono clerical paternalista con el cual uno habla de "mi laicado" o "mi posición como anciano"⁴ demuestra cuanto más cerca estamos de Roma que de Jerusalén.

Antes de que la preciosa sangre del Cordero limpie nuestras distinciones y remueva todo pensamiento de casta entre aquellos que están en Él, Dios tuvo un clero especial. En aquel entonces, la tribu de Leví dio un paso al frente en respuesta al llamado de Moisés en un tiempo de crisis muy grave, entonces los miembros de aquella tribu fueron elevados al estado de un sacerdocio profesional. Ellos fueron separados de entre el pueblo (los laicos) a quienes iban a representar viniendo a la presencia de Dios con sacrificios y ofrendas, y para realizar el ritual. La tribu de Leví tendría su herencia (kleros, clero), no en la tierra con el pueblo (laos, laicos) sino en el servicio directo a Dios.

Como sacerdotes de Dios los miembros de esta tribu podían realizar ciertas funciones, las cuales eran prohibidas a otros bajo pena de muerte. Podían tocar cosas santas que a otros no se les permitía tocar. "En aquel tiempo apartó Jehová la tribu de Leví para que llevase el arca del pacto de Jehová, para que estuviese delante de Jehová para servirle, y para bendecir en su nombre, hasta hoy, por lo cual Leví no tuvo parte ni heredad con sus hermanos; Jehová es su heredad, como Jehová tu Dios le dijo.) Dt. 10:8-9

Esto es muy claro y uno no necesita ser muy astuto para ver que bajo la economía Mosaica un grupo selecto fue separado del resto del pueblo de Dios y ordenado a officiar y ministrar ante Dios. Era el derecho exclusivo de los sacerdotes el llevar el arca sagrada. Ellos entonaban las bendiciones reguladas sobre las cabezas del pueblo en el nombre de Dios. El pueblo fue descalificado de entrometerse o entrar en los precintos sagrados. No se atrevían a tocar ni un pedazo del mobiliario sagrado.

Los sacerdotes vestían una ropa o túnica especial, ajustada con una faja especial, y llevaban sobre su cabeza un sombrero alto especial. Nadie fuera del sacerdocio tenía permitido vestir estas ropas especiales y cualquier persona que lo hiciere sufriría muerte por personalizar a un sacerdote. El sacerdote era un mediador. Él se paraba entre el pueblo y Dios. Los hombres se acercaban a Dios solamente a través de otros hombres a quienes se les había facultado con autoridad sacerdotal. "Si alguna persona del pueblo pecare por yerro, haciendo algo contra alguno de los mandamientos de Jehová en cosas que no se han de hacer, y delinquiere; luego que conociere su pecado que cometió, traerá por su ofrenda una cabra,... y le hará el sacerdote expiación de su pecado que habrá cometido, y será perdonado". (Lev. 4:27-35)

Un sacerdocio especial debe recibir su apoyo de aquellos para quienes oficia. Los sacerdotes no pueden sembrar o trabajar para sostenerse. Ellos deben ocuparse con los asuntos del templo. Ellos deben mantener el programa ritual en movimiento. Aquellos que constituyen el clero sacerdotal no

⁴ No refiriéndose a edad, sino a posición superior en un grupo de creyentes.

pueden trabajar, y aquellos que trabajan no pueden ser el clero sacerdotal. Así que el pueblo (laicos) tiene que mantener el sacerdocio con sus diezmos y ofrendas.

Los sacerdotes levitas, es decir, toda la tribu de Leví, no tendrán parte ni heredad en Israel; de las ofrendas quemadas a Jehová y de la heredad de él comerán. No tendrán, pues, heredad entre sus hermanos; Jehová es su heredad, como él les ha dicho (Dt. 18:1-2). El sacerdote estaba autorizado a demandar la parte que les correspondía a ellos antes que el contribuyente pudiera usar nada para sí mismo. "Y este será el derecho de los sacerdotes de parte del pueblo, de los que ofrecieren en sacrificio buey o cordero: darán al sacerdote la espaldilla, las quijadas y el cuajar. Las primicias de tu grano, de tu vino y de tu aceite, y las primicias de la lana de tus ovejas le darás; porque le ha escogido Jehová tu Dios de entre todas tus tribus, para que esté para administrar en el nombre de Jehová, él y sus hijos para siempre. (Dt. 18:3-5)

No puede haber ninguna duda de que, bajo el pacto de la carne, escrito y grabado en piedras, Dios creó una casta clerical separada y apartada del pueblo. Los miembros de este grupo acampaban entre el cuerpo del Israel y el santuario donde moraba Dios. Ellos vestían hermosas vestiduras que distinguía a los que la usaban, del resto del pueblo de Dios. Ellos realizaban funciones prohibidas a aquellos que no fueron ungidos.

EL GRAN CAMBIO

Pero la cruz de Cristo de una vez y para siempre limpió todo ese tipo de distinciones. Fueron abolidas y desaparecieron cuando los custodios legales nos entregaron a Jesús, y la fe en el Hijo de Dios reemplazó a la justicia que es por las obras de la ley. Cada hijo de Dios es ahora un sacerdote. Cada persona en toda la tierra que ha sido lavada y purificada por la sangre de Jesús, es un sacerdote de Dios. "Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén. (Ap. 1:5,6)

El viejo pacto, siendo un pacto de la carne, con su sello de la circuncisión en la carne, hizo su apelación a la naturaleza carnal. Proveyó pompa y ceremonia, ritual y liturgia, oro y brillo. Tenía su templo visible de madera y piedra llamado "la casa de Dios". Pero todos estos arreglos eran temporales. "Todo esto es simbólico, apuntando al tiempo presente. Las ofrendas y sacrificios allí determinados no pueden dar al adorador una perfección interna. Es solo un asunto de comida y bebida y varios ritos de purificación – ordenanzas externas establecidas hasta el tiempo de reformar las cosas. (Heb. 9:9,10)

¡El tiempo de la reforma vino! La época de que hablaron los profetas se había presentado. El nuevo pacto, no escrito con tinta, sino con el Espíritu Santo sobre las tablas del corazón, se hizo realidad. No éramos más menores en esclavitud virtual. El periodo se había completado. Dios envió a su propio Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para comprar la libertad para los sujetos a la ley, de manera que pudiéramos obtener el estatus de hijos.

¿Pero qué es lo que pasó? Como la temblorosa y acobardada multitud a los pies del Monte Horeb, cuando fue dado el primer pacto, nosotros no quisimos que Dios hablase con nosotros. No quisimos convertirnos en una familia con su intimidad. Estábamos asustados de ser hijos. Nos rebelamos a la idea de un Padre. Queríamos a Dios lejos de nosotros, una Deidad remota a ser adorada en una institución y por medio de un ritual determinado. Uno puede ser miembro de una organización, pagar sus ofrendas y asistir a sus reuniones, sin que en forma efectiva uno nunca deba realmente involucrarse en eso. Su contribución paga por los beneficios provistos por la institución que fue creada para eso.

Así que queríamos que el culto fuera algo ya dispuesto para nosotros, una presentación preparada y llevada a cabo por actores entrenados a quienes podíamos ver y aplaudir y apreciar por sus habilidades. No queríamos que el culto fuera el clamar de nuestros propios corazones por ayuda o el lloro sobre el hombro de nuestro hermano mayor, quien soportó todas las cosas como lo hacemos nosotros, pero sin pecar. Anhelábamos un "orden del culto" impreso en un programa y apropiado para los días santos y festividades santas. Y la carne triunfó sobre el Espíritu. Recibimos lo que queríamos y lo recibimos a través de eso por una hora una vez a la semana completamente

independiente de nuestra vida y preocupación. Una vez más la sorprendente pregunta de ayer viene haciendo eco a través de los corazones vacíos, polvorientos, y llenos de telarañas, los cuales no están más siendo dirigidos por el Espíritu. "¿Puede ser que sean ustedes tan estúpidos? Empezaron con lo espiritual; ¿van ahora a lo material para que les haga perfectos? ¿Han sido en vano todas sus grandes experiencias, si realmente fueron en vano?" (Gá. 3:3,4). No hemos progresado en el Espíritu. Hemos retrocedido a la ley. Hemos vuelto a los débiles y pobres rudimentos. Estamos actuando como si la muerte de Jesús fuera un mito y la cruz en el Calvario una fantasía. No somos la familia que Dios había planeado. Somos una organización de nuestro propio diseño, viniendo a Dios con una mezcla de formas y culturas Judías las cuales hemos mezclado conjuntamente y lo llamamos servicio o culto. Hay un velo sobre nuestros ojos cuando leemos la palabra.

No me tome como que divago. No me tome como que especulo en lo que quiero decir. Hemos rehusado creer que "El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo..." (Hch. 17:24,25). Así que continuamos gastando miles de millones de dólares cada año para probar que Pablo estaba equivocado cuando se paró entre los paganos en el santuario de Atenas. Una de las fortalezas de los santos primitivos era que ellos no tenían santuarios como el mundo pagano. Su Dios no podía ser localizado, confinado, o silenciado, para que los hombres lo pudieran visitar como lo hacían con los enfermos. Y ahora dedicamos edificios a Dios exactamente como lo hizo Salomón en los días de adolescencia espiritual, y los hombres se paraban y entonaban en tonos sepulcrales, "Yo me alegré con los que me decían, Vamos a la casa de Dios". (Sal. 122:1)

Hemos rehusado entender que Jesús quitó los lugares santos y los días santos. Nosotros somos el templo de Dios. Nosotros somos la casa de Dios. El hombre no debe más dedicar estructuras materiales a Dios quien da vida y aliento y todas las cosas. No vamos más a la casa de Dios. Es la casa de Dios la que ahora camina. El único santuario que Dios tiene en esta tierra es un corazón humano consagrado. El no reconoce ningún lugar como santuario o lugar santo porque tiene ventanas de vidrios de colores, alfombra de pared a pared de calidad institucional como lo sugirió el vendedor enfáticamente en su exposición ante el comité de construcción, o bancos que hagan juego con los muebles del púlpito. Yo soy la casa de Dios cuando estoy en una biblioteca, o en el baño, o en un centro de compras. Y si yo no soy el santuario de Dios allí, no lo voy a ser cuando esté en la casa de reunión con aire acondicionado diseñado para mi comodidad.

Tal lugar es solo santo cuando está lleno con santuarios, con los cuerpos latiendo vivos, amorosos, y tiernos de los liberados y redimidos, hijos e hijas del Señor Todopoderoso, hermanos y hermanas regocijándose conjuntamente, llorando juntos, compartiendo dolor y tribulación, gozo y paz. Cuando construimos una "casa de adoración" y tenemos una ceremonia de dedicación, y lo llamamos templo - o lo que usted quiera llamarlo -debemos pensar en un clérigo que conduzca el ritual. Un templo requiere de un sacerdote especial que ministre. El púlpito se convierte en un escenario para la realización en representación nuestra y los bancos se convierten en una tribuna desde donde los espectadores ven el espectáculo.

Cuando la gente encuentra al Señor Jesús en una forma real y vital, y quiere vivir bien cerca de ÉL y experimentar el compañerismo de otros en una alabanza que es espontánea y sin ensayos, se sienten fríos y aburridos cuando son forzados a sentarse durante una dramatización con un coro uniformado y un actor. La alabanza a Dios no tiene la intención de ser algo que uno mira como un espectador de algo deportivo, sino el derramar el corazón de uno mismo. Un gran número de gente joven en la universidad, que vienen el primer día de la semana, a menudo sentados en el piso debido a la falta de sillas, cantan juntos, comparten juntos, se sientan en la mesa del Señor juntos, lloran debido a sus pecados y debilidades unos con otros mientras se agarran de las manos, cuando vuelven a sus casa se encuentran con una atmósfera tan desconectada de la vida real, que la encuentran difícil de soportar.

No encuentro ninguna gracia por las inapropiadas bromas y excesiva liviandad que los payasos del púlpito sienten que deben hacer para mantener a los presentes felices y entretenidos. Muchas veces esto es una forma de cubrir el conocimiento superficial de la Palabra de Dios y sirven para rellenar los títulos del sermón prestado del último libro y proveer así tal comida predigerida por

apurados predicadores que tienen que cumplir con las necesidades de cualquier otra persona en la comunidad mientras son negligentes con sus propias familias. Hay tal cosa como una dignidad silenciosa. Hay una paz que sobrepasa el entendimiento. Pero deploro el frío, letargoso⁵, y frígido acercamiento, el cual Alexander Campbell describe como “desesperanza sagrada, santa melancolía, y pía indolencia”. La calma del cementerio difícilmente atrae a uno que ha nacido de lo alto.

En Cristo Jesús nuestro Señor no hay una sola pieza de alabanza o desarrollo espiritual que sea de exclusivo derecho de una clase particular. Cualquier hijo de Dios que esté calificado, puede servir en llevar a cabo la voluntad de Dios. El relegar eso que pertenece a todos, a un círculo de santos, es un alejarse de la simplicidad en Cristo y del propósito de Dios.

Nadie es un bautizador autorizado por virtud de posición u oficio. Cualquier cristiano tiene el derecho de bautizar a una persona que confiese su fe en Jesús como el Mesías y el Hijo de Dios. Este no es un acto clerical. No es la prerrogativa de un “ministro ordenado” porque cada hijo de Dios es un ministro de Dios, y ordenado por Dios para cumplir con la voluntad divina. Debemos alentar a los padres Cristianos a bautizar a miembros de su propia familia, o a aquellos que lideran a otros al Cordero de Dios a bautizarlos. ¿Qué tiene de malo el permitir a un estudiante de secundaria quien ha sido un instrumento en la conversión de uno de sus compañeros a que lo bautice en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo?

En foros abiertos la pregunta de llevar a cabo ceremonias de matrimonios siempre salta como una excepción a lo que he mencionado. Pero uno que realiza casamientos lo hace en representación del Estado, no de la comunidad de santos. Es una licencia del Estado lo que le permite servir en esta capacidad y las calificaciones por oficializar esto están establecidas por la constitución del Estado, y no prevista dentro del marco de la revelación de Dios.

Si “el ministro” está celoso y temeroso que otros le roben su gloria, él es un ejemplo vivo de uno que está descalificado por su temperamento y entendimiento a cumplir con el papel que asume. El propósito de funcionarios especiales es “perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”. El cuerpo crece a través de todas las coyunturas que se ayudan mutuamente. El mejor líder no es aquel que hace de todo, sino uno que hace que otros lo hagan.

Nadie tiene un derecho exclusivo de meterse en enseñar, exhortar y advertir a los santos. ¿Por qué los talentos de un número de hermanos deben ser silenciados y sustituidos para que uno pueda crecer por ejercerlos? ¿Debemos unir todos los miembros del cuerpo en uno, y dejar que los miembros se vayan paralizando por el desuso? ¿No se espera que todos los miembros del cuerpo realicen la obra para la cual fueron capacitados por el Señor? ¿Hay algún don del Señor que sea inútil y que no valga nada?

Tenemos una tremenda deuda hacia hombres como Elton Trueblood, el eminente filósofo cuáquero de Richmond, Indiana, quien ha escrito algunos de los más sorprendentes y revolucionarios materiales sobre el asunto del “ministro” en nuestra generación. Es sorprendente porque tan poco de ello se oye de otras fuentes, y revolucionario porque es un intento honesto de restaurar el concepto del ministro como lo fue en la primitiva compañía de los redimidos.

Nadie realmente puede leer el capítulo “Un Punto de Partida Práctico” en el libro “El Compañerismo Incendiario”, o el capítulo “La Abolición del Laicado” en el libro “El Yugo de Cristo” sin ponerse a pensar en el gran precipicio que existe entre lo que practicamos y lo que Dios tenía como propósito. Desafortunadamente sufrimos dos males. Muchos de nuestros hermanos nunca leen nada que sea espiritualmente instructivo. Ellos consideran que eso es “tarea” del predicador. Y muchos de aquellos que leen nunca lo hacen seriamente, con vista a hacer realmente un cambio en su forma de pensar. No es de esperar que ese filósofo cuáquero cambie a aquellos que rehúsan a ser cambiados por exposiciones apostólicas.

Somos engañados a pensar que somos libres del “sistema clerical” porque hemos sido lo suficientemente inteligentes en emplear otros términos para designar a nuestro clero. Pero ser un clérigo no tiene nada que ver con el título, ya sea que “la gente común” designe uno por un título

⁵ Aburrido.

tal como "Reverendo" o "El Correcto Reverendo". Uno que se apropia para sí mismo de esto por razones de estatus, de las regulaciones y conductas de ese servicio - el cual es derecho de todos - es un clérigo ya sea que lo admita o no.

El mundo pagano de los negocios mira al "ministro" de una iglesia como idéntico en estatus al sacerdote de la parroquia. Ambos pueden tener descuentos para el clero en las aerolíneas. Ambos pueden llevar un "certificado de clérigo" para compras de pasajes de empresas de transporte terrestre. En algunos lugares ambos van a recibir tarjetas permitiéndoles la entrada gratuita a eventos deportivos profesionales donde solo tienen que pagar el impuesto. En otros lugares ellos reciben el "descuento para clérigos" cuando ellos compran un traje o abrigo. Todos aquellos que condenan "el sistema clerical" desde el púlpito los domingos aceptan el "descuento al clérigo" los lunes, demostrando así de nuevo que donde un hombre tiene su tesoro, allí también tiene su corazón.

Pudo haber sido un asunto de casuística lo que causó que Edgard Gibbon en su bien conocido trabajo literario "El Declive y Caída del Imperio Romano" haya escrito: "Para un ojo filosófico, los vicios del clero son mucho menos dañinos que sus virtudes". Es fácil desechar esto por medio de recordarnos que Gibbon era un escéptico, pero puede ayudar si es que pesamos seriamente esta observación.

No solo el mundo que rodea nuestro pequeño oasis se refiere a nosotros como "el clero" cuando nos apropiamos de la función de predicar, y tenemos un contrato de proclamar la palabra a determinado precio por año con tiempo de vacaciones especificado. Los santos que son comprometidos a mantener el complejo organizacional sienten la misma cosa. Es "el ministro" quien tiene su nombre en un letrero al frente y en la parte superior del membrete de la correspondencia. El tiene una oficina en la consagrada estructura, y a menudo una secretaria quien es la única que puede admitirlo al interior del santuario. El mismo mundo que hemos creado para nosotros mismos lo pone aparte.

En justificación a los hermanos que desearon ser devotos a sus esfuerzos de proclamar el mensaje de la gracia de Dios, debo señalar que ellos están enojados y frustrados porque han sido atrapados en los engranajes de la moledora de carne institucional o están constantemente siendo pasados a través de la trituradora de granos congregacional. En sus corazones ellos creen en el sacerdocio de todos los creyentes y en el ministerio de todos los santos. Secretamente, pienso que muchos de ellos están resentidos de ser llamados al escenario para decir "las cosas correctas" de "la manera apropiada" lo que quiere decir emplear la clase de jerga religiosa y absurdidades que se oponen al pecado sin hacerle perder su respetabilidad.

Pero "El Sistema" opera para producir profesionales y un pueblo aletargado e indolente, que aunque sean bien intencionados, más bien van a contratar alguien a quien ellos puedan controlar para "conducir el servicio" - o lo que sea que eso signifique - en vez de adorar en Espíritu y Verdad. Y "El Sistema" opera solo para perpetuarse a sí mismo al igual que lo hace el sistema político o el sistema económico. Y no tiene ninguna importancia quien es elegido o seleccionado. El Sistema no cambia.

"El Sistema" usa a los hombres en tanto ellos siguen sus credos no escritos y se conforman a sus métodos tradicionales. Pero los hombres son desechables. Ellos son buenos solo en tanto produzcan. Una vez que se rebelan a ser controlados y... ellos serán enviados empaquetados y reducidos a pulpa, de modo a hacerles sentir que son desertores, renegados y apóstatas. Y todo esto será hecho por buena gente que piensa que están siguiendo la voluntad de Jesús. Así que se convierte en algo mucho más fácil jugar a la pelota que pelearse con el equipo, con los árbitros y con los fanáticos en las graderías. Digo que es más fácil, pero muy por dentro eso corroe el alma.

Sound Words, 1755 Bensdale Rd., Pleasanton, TX 78064, Glynmt@aol.com

<http://www.apalpacas.com/glyn/food.htm>.